

el comedor de diario

• RAUL JORGE ARTIGAS, S. J.

EN el año 1920, en un carro de mudanza que se arrastra por la calle Paraná rumbo a un petit-hotel del Barrio Norte, imprevistamente, nace un Dios Lar. Los olvidados dioses protectores de la vida doméstica en la antigua Roma reaparecen en Buenos Aires, obligados a velar por el fuego de un nuevo hogar que la familia Rossi, al subir de categoría social, viene a establecer con su traslado.

Con esta presentación originalísima, María Angélica Bosco, autora ya de "La muerte baja en el ascensor" —dentro del género policial tan poco cultivado por nuestra novelística— hace su aparición en un nuevo campo de grandes ambiciones: nos presenta la evolución social de una familia a través de treinta y cinco años de vida porteña.

La historia de estas transformaciones puede conocerse hasta en sus más íntimos detalles, porque los narradores son los mismos dioses lares de la familia, quienes todo conocen, recuerdan y comparan desde un punto de observación privilegiado.

Seis son los miembros de la familia que se hace digna del nacimiento de los dioses. Aquiles Rossi y su mujer Adela, propietarios hasta entonces de la ferretería que ha cimentado su fortuna, y cuatro hijos: Ricardo, María Elena, Zelmira y el pequeño Carlos A. (que disimula el Aquiles). La evolución de sus vidas marcará los hitos del ascenso social. Y así podremos seguirlo paso a paso, a través de la educación de los hijos en

colegios "elegantes", de un estricto cuidado en la selección de amistades que impone, por muchos años, un casi total aislamiento, preferido a la continuación de las viejas relaciones familiares "en tiempos de la ferretería".

Hay otro testigo, significativo de la evolución, además de los dioses: es el comedor de diario. En la casa antigua de la calle Carlos Calvo había un "comedor de las visitas", comedor único reservado a ocasiones principales. En el petit-hotel, de dos comedores, al comedor de diario le toca en suerte ser escenario de los hechos, pequeños e insignificantes a veces en su mezquindad, pero que van formando la trama de esas vidas víctimas de una "ambición sin grandeza".

Con el tiempo llegan las relaciones: la brigada de barrio de la Liga Patriótica crea vínculos entre Don Aquiles y los señores que le invitan a asociarse con ellos en la defensa de un interés común: la propiedad. Y los años hacen realidad muchos sueños de Adela Rossi con las alianzas matrimoniales de Ricardo y Zelmira, que se unen al mundo de los apellidos tradicionales. Aquiles escapará muchas veces sin embargo, sin decirlo a su mujer, hacia el almacén del barrio Sur donde podrá respirar más libremente con sus antiguos amigos.

También la nueva situación impondrá cambios esenciales en la posición política de los Rossi: de la indiferencia por toda actuación pública ajena a sus intereses individuales en los padres, los hijos pasan al embanderamiento y a la actua-

ción política. Ricardo en la Revolución del '30; Carlos A. en la del '43 y bajo el gobierno peronista, desde una posición de extremo nacionalismo; María Elena en la oposición, rodeada de extrañas relaciones donde satisface su erotismo desequilibrado y su pasión por la democracia.

El intento de la novela es ambicioso al máximo: para configurar un retrato social cambiante, los personajes son tomados en los precisos momentos de importancia política, cuando se juega el destino de la nación. Y paralelo al encuadre social, se va entrelazando la evolución psicológica de cada personaje, complicando la trama que adquiere a ratos notable realismo, pero se resiente en otras —quizá sea éste el principal "pero" de la obra— de un esquematismo demasiado evidente, demasiado "construido" con una intención de ser significativo. Lo que a veces se gana en poder significativo, se pierde en verdad psicológica, dándose escenas en que este defecto se hace francamente evidente como en la muerte de Carlos A. durante el ataque al edificio de la Alianza, en Septiembre de 1955.

Pero esas mismas fallas que descubren a la vista, en algunos momentos, los hilos del esquema, nos señalan también un acierto fundamental en el conjunto de la obra. Haber encuadrado la vida de esta familia por tanto tiempo, dotando a cada personaje de un carácter definido y mostrando con verosimilitud el movimiento ascendente de la familia Rossi junto a sus lamentables frustraciones, todo ello en el espacio de una novela que no puede llamarse larga, indica con claridad que nos hallamos en presencia de una novelista de grandes condiciones, dueña de un lenguaje expresivo y de una notable madurez en su estilo. Tenemos derecho a esperar mucho de ella todavía en estos tiempos felices para la novela argentina.

Al terminar la lectura, y con ella la narración del "Dios Lar de una familia próspera", Adela va a morir. Con su muerte, que sigue en varios años a la de Aquiles, los dioses lares se aprestan

a desaparecer. Son melancólicas sus últimas reflexiones:

"Sólo veo al minuto que viene hacia mí, para detenerse en mí, por mí, para contenerme. Lo espero. Y con él espero la definición, la respuesta a todos los hechos de nuestra vida que parecen tan mezquinos en el recuerdo y que tanto nos exaltaban en su actualidad".

Hay una poderosa razón para ese melancólico sentimiento de frustración. No han llegado a mucho los hijos de Aquiles Rossi, semejantes a veces a pobres retoños transplantados de otras tierras y nunca definitivamente aclimatados. La apatía y la indiferencia es todo lo que ha quedado en Adela de su triunfo:

"Un orden pausado lo devora todo, las horas de las comidas, la misa de los domingos, las cuentas a pagar; lentamente, cada día, la oscuridad de la noche entra en la casa, hálito húmedo y frío. Cierran las puertas y las ventanas para que no penetre, pero es inútil, ya está aquí. Parece brotar de los rincones y hacernos muecas. No sentimos miedo, estamos petrificados por la inercia. Todos están petrificados".

No hay un final definitivo para esta vida familiar, porque todo sigue. Con Adela desaparecerán los antiguos Lares, y no es probable que les reemplacen otros nuevos; el fuego del hogar parece extinguido y la savia vital de la familia Rossi se ha secado. Queda flotando la pregunta en el viejo y lujoso petit-hotel: ¿para qué?

"Es preciso algo más —escribe el Dios Lar, esperando el momento de extinguirse—, tengo la sensación de que todo ha pasado inútilmente; cuando nos iniciamos en esta casa sabíamos que era un principio, que habría desilusiones y traiciones, no pretendíamos la cristalización en la fortuna, únicamente. Tal vez éramos ingenuos como Aquiles y creíamos que un momento de éxito basta para justificar una vida. Pero no se trata de justificar, se trata de sobrevivir".

Y en esto que queda ahora, es evidente, no parece estar la familia Rossi sobreviviendo. ◆

poesía de buenos aires

• RENE DANIEL USET

¿EN dónde se encuentra a Buenos Aires? Nuestra literatura, en ese sentido, es magra, flaca y cuanto más, desvirtuada, intelectual, desvaída.

Menos aún al Buenos Aires actual, problemática de ciudad cosmopolita que ha ido perdiendo un color y una forma que tampoco eran realmente suyos. Un neoclasicismo en la arquitectura, un pobre colonialismo envejecido prematuramente.

Y Carriego es un barrio que sólo muestra desflecado historias que ya no son, y Borges una mirada desde una ventana con ambientes de aire acondicionado, y Arlt una angustia que se ha ido diluyendo en otras situaciones, otros paisajes.

Sólo nos queda rescatar una ciudad que aún no terminamos de comprender en una literatura que salta del melodrama con sabor a tango a los parricidas que de puro asesinos no han dejado víctima con sople de vida.

Toda esta introducción es para hablar de Celia Paschero y de su libro "Muchacha en la Ciudad". Intento y logro de un Buenos Aires reconocible.

Su primer poema nos dice: "Entreveo este mito | de balcones floridos | de ladrillos musgosos | de pastos que se atreven a las | baldosas | de hierbas florecidas | saltando del pasado".

Todo lo que sube a la superficie son rezagos de tiempos idos y anticipos de futuro; Buenos Aires es contraste y nostalgia, y Celia Paschero es una voz de la ciudad.

Y la gente, nosotros, somos por momentos mordaces, irónicos; el poeta dedica a "un poeta joven de Buenos Ai-

go: "Sólo a veces asoma a tu poesía | una calle de Buenos Aires | con el sol oblicuo | el gris de un edificio | y un poco de pasto verde | para la purga | del perro vagabundo".

Celia Paschero es Buenos Aires y es reproche: "Si me hablaras | de tu cansancio real | después de cada día | sin dejar que se te deslizara | entre líneas | el verso incomprensible".

Indudablemente no tenemos la voz actual de nuestra ciudad; ésta que nos preocupa, si no es la voz, es, sí, un diálogo en Buenos Aires. Es decir que lo que la rodea, el suelo, el aire, las casas, los árboles, los seres, son la ciudad.

Se encuentra la ciudad en rededor y dentro de sí, proyección mutua tal vez, y se aferra con una mirada que quiere y es limpia: "Te quiero | Buenos Aires | sobre tu ombligo erecto | que rige | la dislocada circulación | de Corrientes | la Diagonal | seres de hierro | y piedras | cálidas".

Lo importante es la actitud en la engañosa urbe, la actitud de comprender desafiando los preconceptos y toda una literatura cocida en moldes ajenos; la poetisa es, por momentos, tierna, y en otros casi agresiva, desagradable, sincera.

Una aproximación de este tipo y sin embargo diferente, fue la de Guibert en "Poeta al pie de Buenos Aires", diferente porque en Guibert la nostalgia y la imagen estaban dadas por un ritmo que por momentos sonaba a tango y en otros a cansancio, y en Celia Paschero el contenido rebasa la forma, se impone y aflora.

Y si en todo amor hay algo de odio,

algo así como un reproche amargo, y si partiendo de la ironía se puede ser sincero, creo que un poema, "Guía para el antiturista", lo ejemplifica:

¿Me acompaña?
Hoy nos toca
buscar la poesía
en Buenos Aires.

Se dará cuenta que es ciudad muy
[grande;

el campo,
desde el obelisco,
una leyenda de paisanos
locos.

¿El pájaro?
Casi todos gorriones
hinchados de comida;
burócratas
de la ciudad
con alas.

¿El árbol?
Tipas de flores
amarillas
que emputrecen en verano
el agua de la alcantarilla;
también magnolias
con lunas
abiertas al cielo y lejos
de la mano del hombre,
altas.
Paraísos en algunos barrios:
Belgrano, por ejemplo,
y jacarandás del azul de Dufy
cerca del puerto.

¿El empedrado?
Casi un mito
en alguna vieja calle
con olor a herraduras,
ropa tendida,
heno fresco
y malvón.

Señor Turista:
para cuando no pueda acompañarlo,
visite usted San Telmo.

Verá allí todavía
esquinas de ángulo recto,

zaguanes con frufurá de enaguas
y manitos de bronce
que anticipan
dedos humanos
de la bienvenida.
Verá niños jugando
a la bolita
y derrumbadas escaleras de
mármol.

Verá la Biblioteca Nacional
abandonada
a su sueño de grandeza de otro
tiempo.

Podrá, por esas calles,
todavía,
charlar con Borges de sus
compadritos.

Señor turista:
olvide usted la cena
fría
del hotel que lo hospeda a pocos
[pasos de
Florida.

Elija, sobre todo,
una noche de luna de verano
y déjese caer como al descuido
hacia el río de una sola
orilla;
siéntese sobre el diario
en la escalera
para que el río encuentre su
zapato.

Y haga como yo,
que si reniego
de mi ciudad sin alma
de cemento
me enamoro del río
y de sus vientos,
de su luna
portaña sin vuelta de hoja,
de sus tiernas parejas
abrazadas.

"MUCHACHA EN LA CIUDAD"
POR CELIA PASCHERO
(Ediciones Flor y Truco -
Buenos Aires, 1963)